

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2, 1-11): *Se llenaron todos de Espíritu Santo.*

Salmo (103, 1ab.24ac.29b-31.34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

2ª lectura (Gálatas 5, 16-25): *Los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, paciencia...*

Evangelio (Juan 15, 26-27; 16, 12-15): *El Espíritu de la verdad, os guiará.*

La fiesta de Pentecostés cierra la celebración del tiempo pascual: es el último de los cincuenta días que celebran el gran día en que actuó el Señor. La victoria de Jesús sobre la muerte se comienza a celebrar a partir de su resurrección y el evangelio de Juan nos cuenta que ese mismo día Jesús exhaló su aliento sobre sus discípulos entregándole el Espíritu Santo, el mismo que el día de Pentecostés vuelve a derramarse sobre los apóstoles colmándoles de su fuerza y plenitud.

La efusión del Espíritu se produjo en un contexto muy similar al que se nos narra en el Éxodo a propósito de la constitución del pueblo de Dios en el Sinaí. La voz y el fuego son dos protagonistas que acompañan la presencia de Dios en el momento de entregar su Ley a Moisés. En ambos casos, en el Sinaí y en el Cenáculo, comienza la andadura del pueblo guiados por la fuerza de Dios, manifestada como Ley en el Sinaí y como plenitud del Espíritu en el Cenáculo.

Cuando afirmamos que la Iglesia comenzó a ser viva prolongación de Cristo en la tierra entendemos que es el mismo Espíritu que engendró a Jesús en las purísimas entrañas de María, el que dio vida y origen a la Iglesia como comunidad de creyentes, que a su vez secunda con su fe la acción salvífica del Cristo Resucitado.

Negar esta acción del Espíritu vivificador es anular la fuerza del creyente y reducir su existencia a la mera posibilidad humana de crecimiento y desarrollo sin mayor horizonte que el que permite alcanzar la naturaleza del hombre. La fuerza del Espíritu Santo, sus dones: **sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios**, potencian al hombre y le eleva a participar en tareas cada vez más nobles y generosas.

No puede el hombre lleno del Espíritu Santo abandonar la lucha por una existencia auténticamente cristiana; sabedor de esta asistencia divina, siente la alegría de ver el cumplimiento de las promesas de Cristo a su Iglesia; en medio de las dificultades recuerda los dones del espíritu que le procuran aquellos frutos exquisitos: **«amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí»**.

Esta es la verdad que el Espíritu Santo nos va comunicando día a día, si vivimos por el Espíritu y nos dejamos guiar por él. No vale dar más crédito a la aparente verdad de nuestra carne, por muy exigente que ella se ponga; los frutos de la carne por sí solos nada tienen que ver con los que procura el Espíritu; es más, hay entre ambos un antagonismo que declara el estado de lucha permanente y que sólo vence el Espíritu, pues la carne frente a Él es débil, ya que su fuerza es poca y sólo sirve para confundir la voluntad del hombre con su mentira. Vivir según el Espíritu es vivir según la Verdad.

El evangelista Lucas nos señala que la venida del Espíritu Santo acontece cuando están juntos y en oración. Con esto nos está diciendo que la oración es el ambiente adecuado para recibir al Espíritu y nos recuerda que también hoy es solo desde la oración como podemos esperar recibir al Espíritu de Dios.

También nos hace notar el libro de los Hechos que cuando los apóstoles salen a predicar, entre los que se encontraban allí había gentes de muy diversas procedencias y sin embargo nos dice el libro de los Hechos: **«cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua»**. Frente a la confusión de Babel, el Espíritu de Dios trae la unidad, frente al pecado que supone el intento del hombre de ser como Dios, el Espíritu restituye la unidad y la comunión entre los hombres.

El aliento o el viento, en toda la tradición hace referencia al Espíritu de Dios. Es el Espíritu que viene sobre la Iglesia para ser enviada al mundo. El Espíritu de Dios distribuye en la Iglesia sus dones o carismas que tienen que ponerse al servicio de la edificación del Pueblo de Dios y Pablo en la segunda lectura está clarificando cuál debe ser el uso correcto de los carismas ante los abusos que se habían producido en la comunidad de Galacia. Nos aclara que el Espíritu es el continuador de la obra de Jesús, el que nos hace comprender quién es Jesús y nos hace confesar que Jesús es el Señor, confesión de fe que solo podemos hacer bajo la acción del Espíritu Santo.

Pero celebrar hoy Pentecostés no es contemplar algo del pasado sino vivir la eterna novedad del Espíritu, como nos recordaba el papa san Juan XXIII en la convocatoria del Concilio Vaticano II: **«Dígnese el Espíritu divino escuchar de la manera más consoladora la oración que todos los días sube a Él desde todos los rincones de la tierra: “Renueva en nuestro tiempo los prodigios como de un nuevo Pentecostés”»**.

Tenemos que tomar conciencia de los carismas que hemos recibido y que manifiestan la diversidad, pero para conseguir la unidad y la comunión. Pentecostés hoy nos invita a abrir fronteras y ensanchar horizontes a acoger a nuestros hermanos de cualquier cultura y condición, pues en el Espíritu todos somos uno en Cristo Jesús.